

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE

DERECHOS DE AUTOR

POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.

UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.26
T675
#7

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

I N G U A T
B I B L I O T E C A

TRADICIONES DE GUATEMALA

7

Editorial Universitaria
Guatemala, Centroamérica

1977

Ago 2005 # D524

0

ARCHIVO

DOS VIEJOS TEXTOS

José Martí

LIVINGSTON

Nombre tres veces célebre, dos porque lo es, y una porque merece serlo. Ese es un pueblecillo encantador. En tanto que el buque varado en las barras de la boca del río, en la arenosa o en la pedregosa, hace bravos esfuerzos para romper su cárcel submarina ¿qué caracol es ese que suena a lo lejos, imperioso y brusco? Es la campana americana, que llama a los hijos de la costa a las labores de la tierra. ¿Qué hombres son esos que andan a pie sobre las aguas? Los mueve una paleta, y cortan como flechas las ondas: son los hombres de los cayucos, como la flecha imperceptible entre el flujo y reflujo de las aguas. Allá se mueven blancos lienzos en la playa; por el camino rudamente inclinado, más que bajan, ruedan puntos negros; aquéllos son las madres hacendosas, que a la orilla de la mar blanquean su ropa; éstos son los hijuelos queredores, que entran y salen en el mar, que se salpican con sus aguas, que persiguen la camisola arrebatada, que brillarían si fuesen dorados, y brillan más porque son negros.

La goleta ha traspuesto la barra.

La canoa, tripulada por dos hijos piadosos, a la par esposos amantes; mueven el flexible remo hacia la costa. Esta ave de anchas largas alas que ha cruzado rosando con nosotros, es el alcastraz de seno

blanco; refresca las plumas de su pecho en tanto que con ojo avaricioso persigue la huella de algún pecesillo descuidado. ¡Qué ir y venir de mozos y de mozas! No se ve una cara blanca, pero el negro de la raza pura alegra los ojos. No el negro corrompido, bronceado, mezclado, de Belice, sino de ese otro luciente, claro, limpio que no tiene nunca canas, redonda en las mujeres como Venus, en los hombres desnudos como Hércules. Pero hoy es fiesta ¿No? Pues, ¿qué hacen en aquella plaza tantos hombres que van y que vienen? No es plaza, es que están embarrando una cabaña. Ese bullicio es simpático; atrae ojos y corazones, porque lo engendra un sentimiento fraternal. En Livingston el pueblo no permite que un hombre solo haga su casa: Todos le ayudan, sea cualquiera la época del año; ellos arrancan la tierra y la acarrear para endurecer el suelo, ellos cruzan las varas, ellos construyen estos bruscos ladrillos, ellos coronan la choza de abundantes hojas de palmeras. El marinero es saludado por todo el mundo, y a bien que no es chico el pueblo; hablan su caribe primitivo, su dialecto puro; ellos no lo han mezclado, como en México, con palabras españolas para las innovaciones españolas. O han inventado sus palabras, o las tenían, lo que acusa natural riqueza. Y ¡qué manera de hablar! Una vez admiró el viajero la rápida palabra de los vascos: ahora ve que ésta le es muy superior. Son locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos. Tienen para cada letra una, no mirada, sino transición de ojos diferente. Si dijeran amor, estas mujeres se quemarían. ¡Oh! Y cómo se viste esa negra; es el vestido del país; un pañuelo blanco, atado a manera de turbante le cubre por delante la frente; y por detrás el cuello, dejando las largas puntas sobre la ebúrnea espalda. Un camisón de azul listado, deja al aire brazos y cuello, y, más abajo de las rodillas, deja paso a la saya que le cuelga de la cintura. ¡La que no lleva el camisón sólo! Y mucho más abajo de la cintura, ciñe con un lazo abandonado el camisón de hilo, un pañolón azul de largas puntas. Pero aquel pequeñuelo es mucho más curioso: tiene formas narcíseas, apolíneas. Es ligero y hermoso, nervudo y correcto; el pequeñuelo es un Cupido negro. Atado sobre el hombro izquierdo por dos puntas, ciñe el cuerpo por el lado opuesto, que le llega muy bien a las rodillas; el contraste con el pañuelo de grandes cuartos rojos, hace resaltar más el cutis desnudo. Lleva en la cabeza una batea, y con la misma mano con que retiene la batea, sujeta una larga varilla, inútil sin duda, pero tradicional sin duda en esta tierra.

El marinero ha llegado a su casa; su *nináma* deja caer la tabla sobre la que muele la yuca que ha de proveer a la casa de casabe; su *niráju* se

abrazo a sus rodillas; y le besa la mano; su *niráju* balbucea *baba*; y su *dada* anciana, pero sin una cana y una arruga mueve extraordinariamente los ojos y las manos, y dice al viajero: *mi níráju, mi níráju*. La casa es pobre, pero limpia: las hamacas son de lienzo blanquísimo; creados los tinajos para el agua; nuevo y bien trenzado el cesto, cubierta de amarilla pasta la pared, y amontonados en un rincón hermosos cocos. De esto viven: del coco, de la yuca, del plátano. El maíz es escaso, y la yuca abunda, la buena caña gruesa, veteada de rojo cardenal. Es un rojo que ha descubierto el viajero: es menos oscuro que el carmesí, y menos vivo que la sangre: la naturaleza lo ha pintado en el pecho de una de sus aves.

Estas caribes de opulento seno son las cultivadoras de los campos; los hombres pescan y comercian; las mujeres siembran y hacen su oficio de madres y de esposas. Las mismas manos introducen en la tierra el *vástago*, le arrancan luego su raíz jugosa, y lo brindan luego al viajero en ancha torta. Son admirables esta vivacidad, esta generosidad, esta fraternidad, esta limpieza. El pueblo tiene un gran número de casas, de palma y vara; cada casa tiene un gran número de habitantes; las miradas llenas de benevolencia y de franqueza acusan, por su centelleo, que en el momento de la ira han de ser rayos y relámpagos. Es un pueblo moral, puro, trabajador. A eso lo invitan y lo obligan, al ágil negrillo, al robusto marinero y a la hacendosa *dada*, —ese alto bosque que tienen a su espalda, ese ancho mar que tienen a su frente, y esa masa de cocos que se ha abalanzado sobre la costa, como abriendo los brazos de la generosa América al viajero—. ¡Ah! ¡Y qué contento! Allí está la entrada del río; en otras tierras el centinela es un castillo; aquí elegante, rumorosa, amable, regia, el centinela es una palma. Queda atrás la población animadísima; la colocada sobre esa alta costa, nunca traspuesta, siempre besada mansamente por la onda azul del mar.

El río—el eco: las menudas ondas del río.—Las letras indias:— ¡dicen que es encanto! Los caribes no tienen escritura: hay una mano impresa; basamentos horizontales de roca calcárea:—aquí la tierra se brinda, no se encoge.—La gota de agua que cae todo el año. Las flores sobre las rocas. El canto penetrante del *ramatutu*. Bandada de pájaros blancos. Entrada solemne. Marcha majestuosa.

(1877).

GUATEMALA*

En Zacapa viven principalmente del tabaco y de los sombreros de petate: este es el patrimonio, como dice la gente del pueblo. El comercio, casi imperceptible al extranjero por sus escasas formas exteriores, es, sin embargo, activo. Aquí vienen de todos los valles cercanos a surtirse de toda clase de menesteres. De manera que son casi todas las casas del pueblo depósito de azúcar, de licores, de telas, de hierro, de loza, de los artículos primitivos indispensables para la vida pobre de los campos.

Iban en la procesión un San Pedro, parecidísimo a Antonio Sellén:—un Jesús, que aún en formas ridículas inspira y merece respeto; abrumado por la piedad popular, simpatía cuando se limita a esa piadosa de¹ de oropel, no del de,² y flores de lienzo de colores vivos;—una Virgen María, demasiado vestida de nuevo para ir con tan grande dolor:—una raída y desvencijada Magdalena, ¡ella, la Dama de las Camelias del Cristianismo! —y rematando el séquito una figura inmensa, candorosa, alta y de alba vestida con rubia peluca, sujeta en la mano una ancha copa de oro,—y dicen que esta singular persona era el leal y poético San Juan.—A Dios que no, caros amigos zacapecos. pero ellos iban muy regocijados de sus santos. . . contestado ¡mar y río!

* Estos apuntes de viaje los escribió Martí en 1877 para mandarlos a los hermanos Valdés Domínguez.

1 Dos palabras ininteligibles.

2 Palabra ininteligible.

¡Para ella ésta, que siempre, tal vez como ahora sobre mi voluntad, se va a sus notas graves! Polvoroso y agotado echo pie a tierra de un larguísimo viaje, rindo culto, mal de mi grado, a las creencias del país, y en tanto que pongo someramente para no menos larga excursión, el pie en el estribo, contaré al correr de la pluma, a mis amigos muy queridos, cómo se viene, siendo yo quien soy, desde Izabal hasta Zacapa, y cómo se descansa, escribiendo esta autohistoria, en los días Santos. Celebren flauta y órgano, en la iglesia, que suenan ciertamente a chirimía, los oficios del Jueves Mayor; en tanto yo, que no gusto de presentarme al público en traje de camino, me echo en brazos de los que bien sé que me quieren, y les escribo, estos mis ocios, tocada la cabeza con el sombrero de petate; ennegrecidas las manos por el sol ardiente, y terciada al hombro la burda Jerga, listada a medias, y a huelgos de blanco y de rojo. Este es un libro de casa sobre un viaje en mula; es un librito de comedor, y bien ha sido hecho para que no sigamos allí al cuarto alto, ni se aleje, por una copa, alguno de los asuntos de la esquina.

Capítulo I

Estábamos a 26 de marzo de 1877. Compré mi hamaca de pita, y mi sombrero de petate,—que todo junto vino a ser un peso,—pagué doce reales por dos huevos que comí, y una noche que no dormí, amén del sacrificio que padecí, que no en balde estamos en Semana Mayor, de dejarme hablar por una locuacilla hija de la hostelera, que pasó sus infancias en Guatemala; que es por mitad criada y señorita, y que mordería el polvo por hablar su horita con algún caballero de ciudad.

Y yo te aseguro Eusebio amigo, que fue aquella una noche un tanto cruda. El recio viento Norte golpeaba tejas y paredes, y me rodaba las aromas del jazmín del Cabo que venían del jardincillo de la casa; luego en mi alma, los afectos corren gastados diferentes. Bien noté yo, al reclinar el cuerpo en lo que debía ser lienzo, que si lo era no lo parecía; pero hasta que él con la cabeza en la almohada no di en el caso grave. La almohada era de paja; alcé la sábana, monda y pelada, y vi que mi catre era de saco. ¡Vaya en gracia por el mes y cuenta que llevaba de dormir a costilla pelada sobre la cubierta de los buques!

3 palabra ininteligible.

4 No termina la frase.

5 Palabra ininteligible.

Ello es que di los doce reales, que corté un jazmín para mi Carmen; y le envié su aroma con mi beso, que me despedí de un pobre hombre díscolo, que en el lugar tiene fama de ignorante y a mí me parecía hombre sapientísimo, porque disentía en todo de mi manera de ser y de decir, y que, revolver en cinto, y machete bajo el musio, crucé las piernas sobre la más pequeña, rebelde y mal intencionada mula que vio nunca la montaña de Izabal.

Y bien, Fermín hermano; a nuestros años se tiene siempre una panada de sueños dormidos, que traidoramente y sin sentir han penetrado nuestra voluntad. De manera que, sin haberlo pensado, me encontré yo con que anhelaba gallardas aventuras, misteriosos encuentros, noches de oro y de abismo, sorpresas de fieras, todo lo que promete, en suma, a una imaginación enamorada de lo heroico un viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales. Traía yo el espíritu celoso de la actividad de los caribes; traía el alma robusta con el magnífico espectáculo que a ambos lados ostentan las majestuosas orillas de un gran río; como alas se habían pegado a mi alma aquellos cortinajes de verdura, prendidos en el cielo, mal sujetos sobre las ondas del Río Dulce, salpicados los movibles pliegos por aves blancas y pajarillos de colores.

Y ¡este león rugiente, este corcel de Arabia, y esta águila altanera que yo me siento aquí en el alma! Imagina todo esto, a horcajadas sobre una innoble mula.

Bien está que yo empiece por la descripción de la viajante comitiva. (Eramos una persona, y cinco mulas, a no ser que, por un exceso de piedad, descontemos del bestiaje, al arriero y su mujer. ¡Oh, la mujer del arriero!) . . .”

Su perfil es correcto, menuda la nariz, breve la boca, bien hecha la frente; aguda la barba; acaba la figura un tocado casi griego, puesto que con las trenzas del cabello se ciñe el casco a manera de corona; mas todas estas perfecciones de la forma, abrutadas por la incultura, se convierten en fealdades numerosas por la falta de transparencia espiritual. Ni un rayo del alma se abre paso por entre esa tez de bronce. Mira como las onzas y las zorras; arruga el ceño, no para expresar una ira que no siente, sino para recoger el pensamiento que no entiende. Es inaccesible a la bondad; a la pregunta, al silencio, al aseo, al cansancio, a la ternura. Anda como quien va clavando estacas; horada donde pisa; lastima donde mira. Prendida bajo la copa del sombrero lleva una manta

6 Faltan las hojas 5, 6 y 7.

negra que la guarda, a ella que no sabe,⁷ un poco del sol: se ha recogido la saya de percal con un cerquillo de crines, con lo cual parece que media una artesa entre su talle — ¡no es talle! — y su cuerpo. Y el seno ¡pobre pudor! salta a los ojos con una abominable transparencia, porque apenas los cubre la camisa de los días de fiesta, de finísima indiana, leve como el encaje y como el tul. Y Aniceto la ama: esa es su Lola.

¡Dejémosla, hermano. Horresco réfers!

Ella azuza la bestia, la sigue, la persigue; le vocea. Anda a trancos, bebe agua en todos los ríos, come *totopoxte* sin cesar, ayuda a cargar y descargar a su marido, y se prepara a apencar el frijolar, — que es tanto como sacar los frijoles de sus vainas. Es en vano que yo, curioso infatigable, le pregunte por el cultivo del café, del maíz, del tabaco, por los alimentos que usan, por las ferias de que me habla su afortunado cónyuge. El pensamiento de esta mujer es una piedra azteca; no se puede leer en ella sin ayuda de su marido. Este es un intérprete cansado, que dispone de muy buena voluntad, de una imbécil catadura, y de un escasísimo número de palabras que repite y aplica de modos diferentes. Anselmo Suárez, el único evangelista que nos queda, no nos enseñó el latín vulgar. Me entrego a mis urbanos pensamientos, y dejo su fraseo de bípedos a estas rocas talladas en lo humano.

Heme al fin caballero, pues más que sobre la mula, cabalgo sobre la montaña: ¡caballo digno mío! Es fuerza que haga pronto algo más que relinchar y piafar. Respiro un aire nuevo, y me va bien; bien a fe sobre estas crestas. Son las unas de piedras puntiagudas; las otras de pendiente arenosa; éstas de césped resbaladizo, aquellas de colosales capas pétreas sobre las cuales se deslizan velozmente los cascos de la mula, que va a caer sentada y yo sobre ella al lado de un precipicio, cuyo fondo, casi invisible desde lo alto, ofrece las sombrías igualdades de lo negro, atractivo, vertiginosamente atractivo, como todo lo oscuro y lo profundo. El peligro enciende la sangre en los caminos, como en los campos de batalla la enciende la pólvora. El accidente es el placer de los viajeros. Tal pico asombra por enhiesto, y a él hemos de ascender, bajo el fuego del sol y sin la sombra de los árboles, al rayar el sol en mediodía. Tal cripta o abra espantan y los llaman por lo inclementes, El Infierno: y allá hemos de bajar, resbalando al borde de barrancos sobre lechos de piedras, envueltos en tales velos que no penetra por ellos ni un rayo siquiera de las luces, blandas y plenas, de la luna. Aquí, más que

⁷ Palabra ininteligible

silba, ruge y gruñe la víbora; allí, más que canta, parlea un menudo cotorral, huye con gran estrépito, inacorde y antipático, una bandada de pequeños monos; el corazón late de un dulce miedo y de placer imaginando que ese ruido bronco es tal vez el de un tigre atrevido que lo espera al pasar. Y se dice que los tigres fascinan, como los leones, que el valor humano obedece a una influencia física, que lo inermiza, ígneamente asentada en la pupila de la fiera; que sus miembros de acero, corvos y ágiles, esquivan a saltos su gallardo cuerpo del ojo más certero; del brazo más osado. ¡Brava iluminación para la selva, los dos ojos de un tigre bien crecido!

¡A estas esperanzas se entrega el alma, que se paga de lo difícil! Bien estará entre sus dos ojos la bala del revólver. Mejor estará su piel humeante, majestuosa, fresca, sobre la espalda del robusto arriero. Así, paso a paso, salvo las montañas, aspiraciones de la tierra al cielo. No viene el tigre, no baja la montaña, cae la tarde. Allá a lo lejos muy a lo lejos, se extiende, negruzca y extensa, la gran laguna de Izabal. En ella se encrespan las olas, se desgajan los vientos, zozobran los buques como en la mar. Yo, hombre, habitante de la tierra soy desde aquí más dueño de ella. La miro de tal manera; que cuando la miro, la canto. Nadie habría menester preguntar quién soy, si me viera volver a ella mis ojos. Todos los hombres están destinados a ser reyes. Esta es la cumbre del monte, y ese es el mar que lame; ese gigante obedece a éste, y sobre éste, ahora piso yo. De abajo, ese pico es vecino de las nubes. Ahora, bien repleto.⁸

. . . a su amada el viajero, más bella que los rayos de la luna; y despierto, duerme.

Se fue de sus brazos; pero le ha dejado un beso sobre el corazón.

El caballejo se detiene; la mula del baúl se ha echado en tierra, fatigada; Lola se encucilla y come *totopoxte*. Aniceto corre tras de mí para avisarme que hemos llegado al punto de descanso.

¿Descanso? No sabe qué es la vida: ¡Ni siquiera significa lo mismo que muerte!

Bien está: pero yo aún no he comido. Aquellos dos huevos de la ilustre fregona, más locuaz que ilustre, no son alimento bastante para tan recio día. La selva abre el apetito, y se siente uno un poco tigre cuando llega la noche. Cuando avistamos el pueblo, aún humeaba el ocote en las pobres y aisladas casas del Mico. Pero Don Facundo es el rey del pueblo, un rey modesto; humilde, democrático, una especie de

⁸ Falta la página 12 de estos apuntes.

rey vacuno. El tiene buenas vacas de leche; él a abandonado la galera para provecho de las arrias; él mata coches, que así llaman por acá a los puercos; pero ese rey misterioso es impalpable e invisible. Habla a través de la manaca, palma de hojas soberbias, cuyos pedúnculos arrancan de la tierra, y que cubre en estas casas de campo techos y paredes. Hay todo lo necesario para hacer comida en la casa, menos la voluntad de hacer comida. Por ese trillo de plata, que así resplandecen en la tierra de arena las claridades de la luna, se va a aquel rancho lejano. En el camino, dícame Aniceto que rancho no significa aquí hacienda como en México sino casa de campo.

Llego a la casa; y allí hay toda la voluntad de hacer comida, menos lo necesario para hacerla.

Súbita llamarada ilumina aquel bohío cercano. Allí llegó sin duda olor de pasajero. Las mujeres, más que brindan el paso, lo impiden: tantas son las que se agrupan en la puerta. Sépase en breve que husmeado por un coche, maullado por un gato, y vigilado por un chucho, nombre aquí unánime de perro, comí al fin un enfermizo, y enfermador plato de frijoles sazonado por humo, y empujados porque lo necesité con tortilla más verde que blanca. Enjuagué los labios con un café.

Capítulo IX

—Conque ¿es de marcha?, me dice teniéndome el estribo un muchacho benévolo, que se ha levantado en el alba, como anoche se acostó con el oscurecer.

—Soy de marcha; le contestó estrechándole la mano. Sé amable y honrado.

Ahí queda atrás el Roblar, con su dueño ríscoso y adusto, con su dueña de manos blancas, con su café misterioso, y con su criado servicial.

No está San Pablo lejos del Roblar,—y es bien que pasemos de prisa por estos arenales infernales, donde se busca en vano en los arroyos secos agua, color en la quemada yerba, hojas en el partido árbol. Sombras largas y pardas, invariablemente blancas y negras; tierra que ha de delito el ser culpable; pues es hoy tan estéril, sedienta cañada, quebrado tronco; enferma flor que campea,—¡sobrenatural esencia de las flores! sobre el ramo desnudo, y a veces cubre totalmente su desnudez,—son los accidentes áridos y únicos de esta larga llanura abrasadora.

Pero ¿no está allí un grupo animado de casas blancas y parduzcas? Allí sobre la loma. ¿Qué pueblo vestido de blanco será inhospitalario? Ruda es la cuesta; pero hemos de empinarla prontamente. Quede atrás el matrimonio que platica, para convencerme de que cada clase humana tiene su lenguaje. Aniceto enamora a Lola,—y yo ¿cómo lo pienso? Lo pienso filosóficamente,—no haría jamás vibrar una cuerda en el corazón dudoso de Lola. Yo no taño guitarra, ni mezclo el vos y el tú; ni digo acotate por acuéstate, ni me zampo leguas como ciruelas, ni sé tejer la pita, ni embarrar un rancho, ni limpiar un cañal, ni siquiera tomar aguardiente! —Renuncio a Lola.

Y con estos pensamientos he dado en el portal de Doña Teosia que en esto ha convertido el pueblo el nombre grecorromano de la tendera.

Cancerbero dijo quien dijo Infierno, y como de éste vengo, ley es que a aquél halle. No es un marido celoso,—enamorado hasta el crimen, hasta la policía—de su mujer;—no es un Keller, arisco que ni esto es valle germánico, ni helvético, ni en estas tiendas se usan dependientes;—ni siquiera es un chucho hambriento, de tal flacura, cual he solido verlos, en los ranchos, que no se adivina como no se le viene al suelo el flotante costillaje. Es esa misma Teosia, de ojos verdes salvajes, de esa tez blanca sin vida y sin venas, que más parece repelente máscara que cutis. Las raquílicas trenzas, atadas con cinta morada sobre la frente, semejan flechas negras, siempre a punto de desatarse sobre el que en ellas pone ojos. Huélganle los dientes en la boca; y se le anudan en el ceño las arrugas: ese cuerpo cuadrado y desenvuelto, es tan feo que parece enfadado; ese cuerpo, impudente y descortés, no haciéndole, sin embargo, muchos años. Si es mujer ¿por qué no es bella?

Estoy en tierras de mi Madre América y ¿no habré de beber café por la mañana?

—¿Tiene V. café, señora?

¡Ah, qué mirada! Hay en ella desconfianza, brutalidad, atrevimiento, desafío, todo lo que hay en unos ojos verdes que brillan, encendidos en un rostro feo, bajo dos cejas ríspidas y negruzcas.

La mujer murmura, dando vueltas al delantal y encogiéndose de hombros, unas palabras que no entiendo, y acaba con estas otras:

—¿No sabe beber leche?

¡Y la mirada!

—Saber precisamente, si sé, pero quisiera café ahora. ¿Conque no se puede hacer?

—Pues ¿no le acabo de decir que a se puede?

Esto era lo que no había yo entendido.

—Entre, me dijo, y me volvió la espalda. ¡Hasta en la espalda me pareció verle los ojos!

Y até mi mula, y empujé la media puerta que sirve de ella, porque la otra media, que se abre y cierra independientemente, hace en todos estos pueblos oficio de ventana. Lo que es tan feo como ingenioso.

Heme al fin con un encuentro singular; con una mujer, que puesto que no es tentadora, ni hermosa, ni amable, no es mujer; con un fruto vivo de esta tierra seca; con un cuerpo sibilítico en que ha encarnado el espíritu del tigre que busco ¡esto es, he aquí mi tigre! —o el de la onza, que al fin es un tigreuelo, que se come por estos alrededores todas las palomas y gallinas—. Por lo que en el Roblar no comí huevos.

Por eso están secas estas llanuras, porque esta mujer las ha abrasado con su mirada.

Por eso ha desnudado las hojas de los árboles:—porque odia la belleza.

Por eso ha bebido todas las aguas de las cañadas y los ríos, porque ella, espíritu aternal, padece eterna sed.

De arenas es el trillo, porque así conviene a sus pies de raíz y caracol.

—Aquí tiene el cafecito, mi señor ¿Lo quiere con **marquerote** o con **semita**?

Y, verdad; ahí está el café; ahí humea en porcelana transparente.

¿Pero qué voz es ésta que al turbado ánimo vuelve aquel vigor pasado?

Pues es la voz de la mismísima Teosia, quien estirada la camisa, aliñada la trenza, y refrescado el rostro, viene si brusca, cariñosa, a robarme mi tigre del camino.

El **marquerote** es pan de arroz y azúcar. Al fin la **semita** es de trigo y canela. ¡Bien venga ésta,⁹ que es dulce, y con su buen sabor disculpa su figura de¹⁰ deforme.

¿No sabe humar cigarro, mi señor?

Humar aquí es: fumar, logicismo que me reconcilia definitivamente con los ojos verdes de la hurtadora de mi tigre. Un lenguaje singular revela un espíritu recto. Los pueblos de lengua sobria, aquellos pueblos de semilla y de raíz, como gastaban poco en lengua,

⁹ palabra ininteligible.

¹⁰ Idem.

gastaban mucho en natural grandeza. Las exuberancias corresponden, y a la de los afectos, imbuidos por los sentidos, completan la del lenguaje permitido por las ignorancias.

El ¿no sabe? vale tanto como ¿no tiene V. costumbre? Lo cual, si un tanto raro, no deja de ser lógico.

Y el mi señor en boca de mujer: por fuerza servil, sería indigno, pero como es hospitalario, es oído como una tierna palabra maternal.

Y es bonita San Pablo. Tiéndese en la meseta de la loma, y hay en él señal fija de la holgura del pueblo,—una buena cantidad de casas blancas;—mézclanse con las de palma¹¹ a granel a la entrada y salida del poblillo; pero alineadas en su centro, a ambos lados de una calle tortuosa, con una pintoresca inconexión.

Aniceto llena los órganos de **semitas**.

El **totopoxte**, símbolo de fuerza ha ido a buscar un natural empleo:

— ¡Lola! —Bien se ve que es mujer de maíz.

Capítulo X

—Allez vite, coucher, pour attraper le train! ¿Qué hace ahora mi muy querido, mi noble y cariñoso Carrillito? Pero no estamos ya en Burdeos.

¡A Zacapa! ¡A Zacapa! ¡al pueblo de la pita y de los mangos! ¡a la ciudad del comercio y de los quesos! la que tiene cuartel, juzgado, plaza, violín, violón, iglesia; la de los rebozos de seda, la de las camisetas de Cambray o la del ancho;¹² la del alto monte; la del grande río.

— ¡Hop! ¡y a viaje!

¡Hop! y allá va la mula que no es mucho que la lleve el diablo pues no cruzamos por sus llamas quemadoras.

¡Hop! El estribo solitario golpea mi pie; molesta al animal, se retuerce, se bambolea, se tiende, se esconde, se alza, se baja.

Ahí queda ese cerro, ahí espera esa loma; ahí se salta ese tronco de güira ¡y ese pedregal ha debido ser arroyo!

¿A aquél fin hemos de llegar; a que no ve los tunales y los tules?

¡Si de una de sus rocas nació la primera madre de las águilas!

¡A.h! miserable bestia, sudorosa, rendida, acobardada.

¹¹ Palabra ininteligible.

¹² Idem.

¿Pues necesito yo menos valor para lanzarme sobre ti, en estos breñales, que tu fuerza pueda soportar mi atrevimiento? —

Ladea, serpea, costea, sigue con desesperante fidelidad las huellas de las arrias no borradas; cinturas espirales vamos haciendo al monte abrupto. Y ¿llegaremos a Zacapa? ¡Y habré guardado ocioso mi revólver! ¡Quítese allá la mula, que es capaz de temblar por un tiro!

¡Echese acá ese tronco, en que se ha de convertir en el infierno un alma de malvado! Allá va esa bala, que quise poner en la raíz, y se contentó con destocar de sus escasas hojas a una rama. Pero ahí van esas cinco, y cuatro le han partido bien el corazón. ¡Date la mano a sí mismo, riflero suizo! Y ni siquiera un tigre me ha salido al encuentro en el camino.

¡Hop! ¡El tigrero!

¿Quién me diera una mula pegasiana? Pero ahí está el tarjetero, y lo tiene en la mano el padre Homero: "No se admiten mulas en el Olimpo".—¿Qué es eso que recoges, Aniceto?—Porque lo veo muy ocupado como arrancando algo de una piedra.

—Oropel, mi señor, que sirve para adornar los santos, porque es muy relumbrazo.

¡Oropel sobre la piedra!

—¿Por qué regañabas ahora a Lola?

—Porque se desmontó a descansar, y se dejó el atado del pisto.

Y el pisto no es el guisado aragonés, ni la menuda ensalada madrileña, ni el cerro estrecho donde se aprende, con angustias de vacío que yo me sé, la equitación.

Por el pisto azota los caminos el arriero, por el pisto se ha vuelto rudo el del Roblar; el pisto es esa plata u oro que ahoga tantas acciones admirables y mata en flor tantos espíritus grandiosos.—¿Sabés que es pisto?

Dominada la cima, ya toco con mis manos, y es digno de una ceiba, el tronco que me parecía desde abajo raquíptico maguey.—Ya se divisan por los trillos puntos blancos, que son hombres, ya a la vuelta del cerro se ven las torres altas de las iglesias; donde ahora trinca un buey, pacía un momento hace un caballo; aquella masa multicolor, en la que mantos de toda clase de vivos tintes protegen del sol a uniformes y femeninas cabezas, va sin duda a la iglesia del pueblo a besar los ensangrentados pies del Cristo.

Estos árboles exhalan el aroma de mi elixir de boca favorito. Ni Atkinson, ni Garnell, ni Tokay.

El doctor Pierre es el Evangelista de los dentífricos. Ni antecedido ni imitado.

Ahora atravieso aquellos cerros, que desde San Pablo me parecían cubiertos de un arbusto musgoso que a lo lejos semeja césped seco.

Pero lo que desde allá vi yo yerba, ahora veo árbol, unos de ramas tan delgadas y menudas, que como césped cubre la tierra, y es digno césped de montañas.

¿Qué es esta alegría infantil que siento?

¿Es menester de descanso? No, ¡que que yo no lo he menester nunca! Es el olor de la población, que aviva las curiosidades del viajero. Es la mitad del camino, la población más populosa, la única población verdadera que hay desde Izabal. Es el nombre mil veces repetido que trocado en pueblo alegre, tengo a la vista. El oasis en la arena. La cercanía al objeto apasionado. ¡Tal vez estarán sus brazos esperándome a la entrada de ese pueblo!

Sonrío y chisteo, yo, el triste y grave. ¡Qué inútil y feo trillo que se ha de bajar, y de subir después, luego de traspuesta la¹³ que lo media.

Tras de mí viene de prisa, caballero en un flaco rocín,¹⁴ prendido de dos robustos bueyes, —*paterna rura bovis*.

—Buenos bueyes, amigo.

—Sí, sí, adiós, pues.

¿Conque porque los bueyes eran buenos me decía adiós? ¡Esto no es lógica; ni moderado será después!

Amenísima vía la que ando. Es mediodía, y el sol no cruza, penetra el tupido ramaje de los árboles. Muestra el¹⁵ su larga flor, en medio de la del granado; brinda el ciruelo su amarillo fruto, más cargadas las ramas de granos que de hojas; arroyuelos menudos rumorean a mis plantas, en él apagan su sed los animales, ya en los mangos ricos, que se detienen unos tras otros, entre los mangos del arroyo; no bien asoma el marañón el rojo pimienta, échanse los animados ojos por la vega, y con el alma al placer, la bestia al río. Es vasto y bello. En¹⁶ se extiende como un mar. ¿Incienso, en esta

13 Palabra ininteligible.

14 Idem.

15 Idem.

16 Idem.

amante hierba que hace la tierra a la pobreza? ¡No debe ser verdad!

¡Hop! por una cuesta de arena

¡Hop! por esa calle larga y recta

¡Hop! ante la esquina de la plaza, enfrente del mercado, a espaldas de la iglesia.

¡Pie a tierra, y mano al sombrero!

—¿Vive aquí la señora Anacleta Ruiz de Pagés?

¡Esto es Zacapa!

1877 .